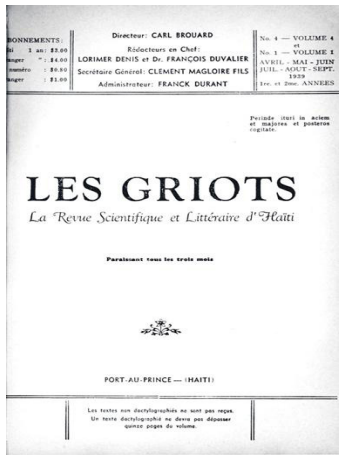
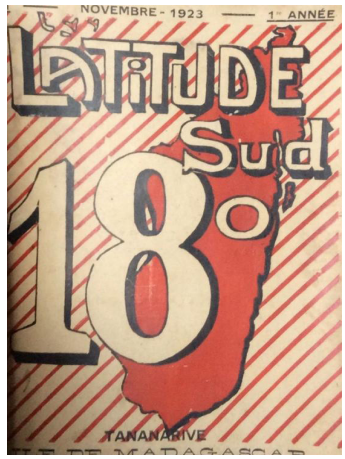
De las islas y de las corrientes

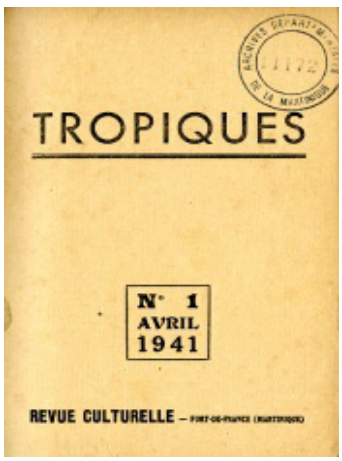
Jean-Louis Joubert





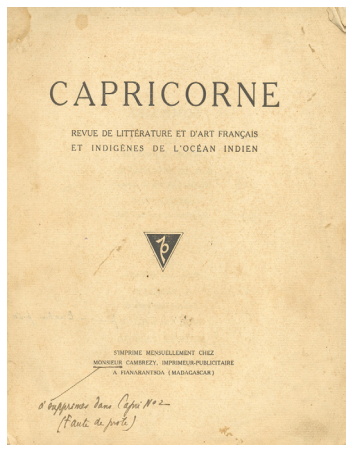








Aimè Cèsaire



Toda gran obra literaria es individual e interpela las determinaciones sociales que la han hecho posible. La escritura es por excelencia un acto solitario. Sin embargo, por la preocupación de poner un orden tranquilizador en la diversidad infinita de las literaturas, los críticos y los historiadores han forjado categorías como "corriente", "escuela" o "movimiento" que permiten ordenar a los escritores en relación al acervo de su creación, de manera parecida a como los entomólogos clasifican las mariposas. Por muy arbitrarias y artificiosas que sean, esas distinciones tienen el mérito de poner en evidencia los parentescos, sugerir las filiaciones. En las islas, más que en otros lugares, quizás algunas palabras-consignas han podido llamar la atención de los escritores y de los lectores para dibujar una constelación de textos: indigenismo, negritud, espiralismo, criolidad o créolle, indianoceanismo, etc. Esos reagrupamientos han sido favorecidos con la publicación de revistas (con frecuencia efímeras) donde coinciden autores de una misma generación, que hacen comunes sus interrogaciones y sus esperanzas. Así ocurrió en el Caribe con La Ronde, La Revue indigéne, Les Griots, Lucióles, L'Etudiant noir, Tropiques, Acoma, etc., y en el océano Índico, las valiosas revistas publicadas por los círculos literarios de Tananarive, 18° latitud Sur o Capricorne, o en Mauricio L'Essor, que, de 1919 a 1952, reunió bajo su estandarte todo lo que contaba en la literatura mauriciana[1].

[1] G. André Decotter, uno de los escasos supervivientes del "Cercle littéraire de Port-Louis", que animó la vida cultural mauriciana durante varias décadas, acaba de publicar una excelente antología de textos en L' Essor: *Pour mémoire. Une anthologie du souvenir.* Textes choisis de l'Essor. 1919-1959, Port-Louis, chez l'auteur, 1998, 996 p.

De La Revue indigène al indigenismo

En el siglo XIX, los escritores de las islas se ubicaron abiertamente en los movimientos literarios dominantes en Europa (romanticismo, luego parnasianismo, que alcanzó considerable fortuna bajo los trópicos[2]). Se enorgullecían de ser excelentes alumnos de esas corrientes, aunque se les acusó frecuentemente de psitacismo o decalcomanía. Sin embargo, algunas relecturas recientes de la literatura haitiana o mauriciana del siglo XIX sugieren que la búsqueda de una autenticidad insular ha sido más frecuente de lo que habitualmente se piensa.

Lo cierto es que la corriente haitiana del indigenismo fue el primer gran movimiento de ruptura. Se desarrolló como reacción a la terrible conmoción que causó en los intelectuales haitianos la ocupación estadounidense de 1915. La "generación de la vergüenza" buscaba curar su sentimiento de culpa por un retorno a los valores específicamente haitianos. Jean Price-Mars desarrolla esas ideas en las conferencias muy populares, reunidas en 1928 bajo el título de A*insi parle l'Oncle* (Así habla el tío).

Pero fue sobre todo la Revue indigène la que impuso la palabra "indígena" como principal denominación de esta corriente intelectual. De su primera publicación en julio de 1927 hasta su desaparición en enero de 1928, solo conoció cinco números[3], pero ejerció una influencia esencial.

La elección de la palabra "indígena" como signo de reconocimiento es muy reveladora. Esta palabra, que entró en la lengua francesa con Rabelais en el sentido de "persona que habita desde hace mucho tiempo en una región", se cargó a partir del fin del siglo XVIII de una connotación particular: "originario de un país ocupado por los colonizadores". Este empleo en el contexto colonial suponía una clasificación étnica o racial despectiva[4]. Los redactores de La Revue indigène retomaron entonces una palabra considerada como peyorativa para invertir su valor. Esto ocurrió también la década siguiente con los intelectuales negros en París, cuando forjaron la palabra "negritud".

Dicho esto, La Revue indigène no se planteó como un manifiesto revolucionario. En su "Chronique-Programme", propuso "dar a conocer los escritores probos, los pensadores serios que preparan en Francia una juventud sana y vigorosa"[5]. Es significativo encontrar un proyecto comparable con la revista Lucioles, que Gilbert Gratiant animó en Martinica en la misma época (1927): se trata de recoger los "rayos lejanos del París de las Letras" y prolongar los estallidos de luces (por el sentido del título: Lucioles) en el cielo martiniqueño. Tanto la revista haitiana como la martiniqueña parecían seguir los pasos del siglo XIX, pero provocaron polémicas locales. Gilbert Gratiant evolucionó escribiendo poemas en crèolle, y luego volviendo a una inspiración completamente indígena.

Pero, de igual manera, La Revue indigène puso en evidencia un aspecto crucial: Haití estaba en América y, por lo tanto, se tenían que hacer esfuerzos para buscar un vínculo con los intelectuales y escritores latinoamericanos. Es precisamente en los años 1920 cuando nace el movimiento indigenista latinoamericano, cuyo principal teórico fue el peruano José Carlos Mariátegui, fundador de la revista Amauta (1926). Es probable que haya sido de Latinoamérica de donde se tomó prestada la idea de erigir como bandera el adjetivo "indígena".

La paradoja aparente de La Revue indigène es que, lejos de encerrarse en la inspiración local, se abre a la escucha de lo que se hace a través del mundo. La revista publica traducciones de autores alemanes, ingleses y españoles, y difunde sobre todo los temas del modernismo poético, que buscaban transformar la poesía haitiana.

El indigenismo haitiano desborda ampliamente el contenido de La Revue indigène. Una docena de años después, fue teorizado por los animadores de la revista Les Griots (1938-1940), que bajo la influencia de François Duvalier, el futuro dictador, derivó peligrosamente la noción en una forma de racialismo. Esto explica las fuertes críticas contra el indigenismo por parte de marxistas y surrealistas.

En retrospectiva, si se deja la noción al vago significado que tuvo en la La Revue indigène, el indigenismo aparece como el movimiento motor de la literatura haitiana de la primera mitad del siglo XX. Desde el punto de vista de la novela, se escriben decenas de obras que toman por tema la realidad haitiana: el mundo del campo sobre todo, pero también las reacciones a la ocupación estadounidense.

El realismo maravilloso

Los dos grandes novelistas de este período de la literatura haitiana, Jacques Romain y Jacques-Stephen Alexis, surgieron de esa corriente, pero conjugaron por una parte con la inspiración progresista de la novela una militancia sustentada por la ideología marxista y por otra parte con la exuberancia barroca de una escritura lírica para la cual Alexis forjó el 'termino "realismo maravilloso". Esta noción fue lanzada en una ponencia en el Primer congreso de escritores y artistas negros (París 1956) donde es definido como una forma popular, propia del pueblo haitiano, de percibir el mundo: es "la imagen en la cual un pueblo envuelve su experiencia, refleja su concepción del mundo y de la vida, su fe, su esperanza, su confianza en el hombre..." Por supuesto, el "realismo maravilloso" preconizado por Alexis se superpone al "realismo mágico" de las novelas latinoamericanas (en el primer rango ubica a Miguel Ángel Asturias) que intentaba conseguir la riqueza de imaginación y de expresión de las viejas culturas indígenas de América. Pero es en Haití donde el cubano Alejo Carpentier había buscado (V. *El reino de este*

[2] Hay que decir que se trata de un isleño, el reunionista Leconte de Lisle quie, en su exilio parisino, fue el fundador del movimiento.
[3] Se hizo una edición integral en Haití en 1982.
[4] Ver el articulo «indigene »en el *Dictionnaire historique de la langue fiançaise* d'Alain Rey.
[5] *Ver Georges Costera, «Itindigénisme haitien, un point de vtte contradictoin . Notre Librairie, n° 132, «Littérature haitienne : des origines* à *1960* « .

mundo, 1949) la fuente de "lo real maravilloso" que define como "una revelación privilegiada de la realidad", "una iluminación inhabitual", "una ampliación de la escala y de las categorías de la realidad percibidas con una intensidad particular". Es allí, entonces, en ese diálogo con la América Latina, donde Haití consigue su anclaje. El gusto de una escritura lujuriante se prolonga en algunas obras grandes haitianas (René Depestre, Jean Mètellus). Se consiguen en las corrientes importantes como el espiralismo o la creolidad.

Los territorios de la negritud

La corriente de la negritud se origina, entre otras, en el indigenismo. Jean Price-Mars fue tempranamente reconocido como su precursor esencial. Sin embargo, fue en París donde se anudaron las relaciones personales entre los impulsores del movimiento, y donde se elaboraron sus primeras tesis. La negritud es hija del exilio y del sentimiento de pérdida ontológica, en el desarraigo y la aculturación. Se ha señalado frecuentemente que los padres antillanos de la negritud, Aimé Césaire y Léon Damas, nunca desarrollaron de manera concertada y meditada su concepción de la negritud[6]. Para Césaire, el inventor de la palabra, la negritud es quizás menos un concepto que una palabra-imagen: "el kaïlcèdrat royal", que se manifiesta en medio de *Cahier d'un retour au pays natal*.Pero se puede decir que la negritud ha sido una "palabra de paso", un signo de reconocimiento particularmente activo, gracias al cual muchas generaciones tuvieron la revelación de su identidad.

El territorio de la negritud fue explorado por primera vez en la *Anthologie de la nouvelle poésie nègre et malgache de langue française* (1948) de Léopold Sédar Senghor. Como era de esperar, los poetas antillanos y haitianos dominaron en ese libro. Pero los poetas malgaches citados por Senghor son más problemáticos. Es concebible que Jacques Rabemananjara pueda situarse bajo la bandera de la negritud. Él estuvo asociado a la revista Présence africaine; en ese momento estaba preso (luego de los "eventos" de 1947 en Madagascar) y había escrito poemas anticolonialistas. Menos evidente es Jean-Joseph Rabearivelo, muerto en 1937, cuyo arte poético y el sentimiento de identidad están a miles de leguas de la militancia en la negritud y de su exaltación a la raza negra[7]. De hecho, en el Océano Índico, la negritud no encontró mucho eco. La literatura malgache en francés estaba poco desarrollada. En la isla Mauricio, Édouard Maunick se proclamó «negro de preferencia». Su lealtad a la negritud naciò en su exilio, nacido de su exilio parisino y de su frecuentación al medio de Présence africaine. Hubo que esperar hasta 1977 (y una conferencia de la O.U.A reunida en la isla) para que fuese publicada en Mauricio una antología (*Mauritius Anthology of Literature in the African Context*) que intentara, no sin problemas, reunir textos de autores mauricianos tratando el tema de África (algunos poemas de Pierre Renaud, André Legallant o Marcel Cabon se inscriben directamente en el movimiento de la negritud).

Del lado del surrealismo

El *Cahier d'un retour au pays natal* de Aimé Césaire, matriz y eje de la negritud, consiguió en André Breton un ferviente admirador, que hizo mucho por su difusión. Ya en el primer poemario de Léon-Gontran Damas, *Pigments* (1937), había sido prologado por un miembro eminente del grupo surrealista, Robert Desnos.

Numerosas son las afinidades entre las literaturas emergentes de las islas y el surrealismo (uno de los raros movimientos literarios en presentar una teorización coherente y una estructuración de grupo, a pesar de las numerosas exclusiones y disidentes). Las antologías del surrealismo solían integrar poetas antillanos (Césaire, bien seguro), haitianos (Clément Magloire Saint-Aude) o mauricios (Malcolm de Chazal).

En Martinica, la revista Tropiques (1941-1945), fundada por Césaire, publica textos que toman prestado del surrealismo la liberación por la escritura automática. En Haití, el surrealismo consiguió un terreno muy favorable, con el apoyo de Pierre Mabille, amigo de André Breton y consejero cultural de la embajada de Francia en los años de la segunda posguerra mundial. Magloire Saint-Aude y René Bélance son los precursores del surrealismo haitiano que se afirma en los años 1960 alrededor de la revista Haïti littéraire con la escritura tumultuosa de Davertige o Serge Legagneur.

La participación del mauriciano Malcolm de Chazal en el surrealismo reposa más bien en un malentendido. André Breton se había fascinado con los aforismos *Sens-plastique (*1947) que había recibido por correo. Pero no comprendió los textos ulteriores de Chazal y su búsqueda de una identidad en el pasado mítico de una fabulosa Lemuria.

Lo cierto es que el surrealismo, gracias a la acogida que tuvo en las islas, desempeñó el papel de un formidable catalizador, un liberador de la energía poética insular.

Espiralismo

Al igual que la escritura poética desenfrenada del surrealismo permitió a Aimé Césaire publicar poemas en Tropiques que engañaban a los censores de su propio exceso, los escritores que permanecieron en Haití bajo la dictadura duvalierista evitaron el compromiso político

[6] Césaire, respondiendo a numerosas entrevistas, desarrolló oralmente su idea de negritud. Nunca pensó que tenía que hacer una presentación escrita, necesariamente más ponderada y pensada que las respuestas orales.

[7] Michel Hausser integra a Rabearivelo en el corpus de autores (todos tomados de la antologìa de Senghor) a partir del cual analiza la poesía de la negritud. *Para una poética de la negritud*, Sílex, 1988). Nada que objetar: considera el movimiento de la negritud como una construcción a posteriori! de un grupo de escritores, reunidos por puntos comunes (su encuentro en la escogencia de Senghor), sin prejuzgar cuáles fueron sus intenciones de escritura, su ideología, la percepción que tenìan de su identidad. Como los otros movimientos literarios, la negritud es un efecto de lectura.

manifiesto para reorientar la actividad literaria sobre sí misma. De esta manera, podían esperar escapar de la represión de quienes estaban en el poder.

En los años sesenta, florecieron grupos literarios como el plurirealismo y el espiralismo, fundado por tres escritores de alto vuelo: Frankétienne, Jean-Claude Fignolé y René Philoctéte. Los espiralistas reivindicaron una escritura de movimiento, una rebelión contra toda limitación, una respuesta no convencional a la locura haitiana de la era Duvalier.

Los textos de Frankétienne (*L'Oiseau schizophone*, 1993; *Ultravocal*, 1972, reedición en 1995; o bien la sorprendente novela en crèolle *Dezafi*, 1975) imponen su forma caótica, su voluntad de liberación absoluta. La espiral, forma abierta por excelencia, invita a desplazar todo límite de género, así como todo encierro en una identidad reducida a una etiqueta racial o nacional.

Desde este punto de vista, el círculo se cierra. El espiralismo, que sin duda hunde sus raíces en el indigenismo de principios de siglo, adopta la posición contraria al rechazar cualquier repliegue en una identidad ya dada por la herencia del pasado.

De la antillanidad a la creolidad

En las Antillas francesas, los años sesenta están marcados por un sentimiento de decepción. El estatuto de departamento, obtenido gracias a Aimé Césaire, parece haber hecho perder a las islas el tren de la descolonización.

Édouard Glissant, que había sido alumno aventajado de Aimé Césaire en el liceo de Fort-de-France, empezó a sustituir la consigna de la negritud por la idea clave de una "antillanidad" producida por la situación particular de las islas en el espacio y en el tiempo, en los que habría que enumerar todos los males y todos los esplendores. En su ensayo *Soleil de la conscience* (1956), escribe: "Nacidos de un crisol de culturas, en ese laboratorio en el que cada mesa es una isla, he aquí una síntesis de razas, de costumbres, de saberes, pero que tienden hacia su unidad propia".

El pensamiento de Glissant se ha desarrollado en sus novelas (como *Le Quatrième Siècle,* 1964), sus ensayos (como *Le Discours antillais,* 1981) y por la revista Aoma (1971-1973). Tuvo un profundo impacto en la generación que entró en escena en los años ochenta. En 1989, Jean Bernabé, Patrick Chamoiseau y Raphaël Confiant publicaron el manifiesto *Éloge de la créolité*, que prometía tener un gran impacto. El principio de la creolidad está apoyado sobre la lengua crèolle, sobre su poder de resistencia y de memoria de los trazos conservados por los africanos deportados como esclavos ("la palabra de la noche"). Este movimiento de renovación total de la literatura de las islas criollas se escribirá en crèolle o en francés, pero en un francés que hará un lugar al crèolle, en la permanente alegría del contacto con las lenguas.

El movimiento de la creolidad ha dado lugar a novelas de talento, como las de sus promotores Patrick Chamoiseau y Raphaël Confiant, pero también de Gisèle Pineau o Ernest Pépin. Ha suscitado un verdadero debate intelectual, con Maryse Condé, con Édouard Glissant mismo, que se destaca por subrayar el proceso de "criollización".

La creolidad en las islas del Océano Índico

El objetivo de la creolidad es hacer un llamamiento a todas las comunidades para que se pronuncien en la lucha contra la dominación colonial a través de la lengua. Es lógico que encontrara eco en las islas criollas del Océano Índico, donde la lengua criolla es un elemento central de la identidad cultural. Novelistas como Axel Gauvin, Cari de Souza y Monique Agénor han explorado la escritura híbrida, haciendo oír la lengua crèolle en su confluencia con el francés. Pero la influencia del movimiento caribeño de la creolidad se ha conjugado con el eco conseguido por el manifiesto del poeta (también obispo de Reunión) Gilbert Aubry, que lanzó en 1978 su *Hymne à la Créolle.* En este manifiesto, Aubry proclama una identidad insular (en este caso de Reunión) basada en la pluralidad étnica y la negativa a la aculturación en el modelo de la metrópolis. La creolidad de Gilbert Aubry recuerda la noción más general de "indianocéanisme", acuñada en 1961 por el escritor mauriciano Camille de Rauville. Rauville creyó descubrir un denominador común en todos los textos escritos en (o en relación con) las islas del océano Índico, basado en el sentimiento embriagador de la naturaleza tropical, la fusión de razas y culturas, y la palingenesia de los "civilizados" en contacto con islas antiguamente abandonadas. El mito del continente primordial hundido de Lemuria (formulado por Jules Hermann, Robert Edward Hart, Malcolm de Chazal y algunos otros) expresaría esta búsqueda convergente de identidad entre los isleños del Índico[8].

Del indigenismo al indiooceanismo, un mismo deseo articula, que resumiría la fórmula frecuentemente citada de Édouard Glissant: "Todo hombre es creado para decir la verdad de su tierra". Las literaturas insulares buscan apasionadamente anclarse, territorializarse sobre los confines de la tierra ("islas cicatrices de las aguas/islas evidencias de heridas/ dice el poema de Aimé Césaire) donde la historia y sus desastres han depositado hombres y mujeres venidos de toda la tierra. Los insulares de hoy son los hijos y las hijas de aquellos que sobreviven. Ellos verificarán este proverbio que habría que inventar : "No nacemos indígena ni autóctono. Devenimos".

Fuente: L'île en littérature - Catalogue en ligne - Seine-Saint-Denis Seine-Saint-Denis. https://reseau.doc.qualif.seinesaintdenis.fr

Traducción al español: Celso Medina

8 Las especulaciones de Camille de Rauville se presentan como hilo conductor en su antología Literatura francófona del Océano Índico (Saint-Denís de la Réunion, Éditions du Tramail, 1990). Están incluidos en el folleto de Jean-Georges Prosperan, un indo-oceanista criollo. Literaturas francófonas de la región del Océano Índico, Port-huis, primavera de 1996.